

#Jugar en psicomotricidad

Estudios, análisis, reflexión y práctica.

La revista de Psicomotricidad ha hecho una compilación de artículos sobre psicomotricidad escogiendo el tema del “juego y del jugar”. Escriben autores muy conocidos del mundo de la psicomotricidad desde su perspectiva y contexto: Bernard Aucouturier; Daniel Calmels; Joaquim Serrabona; Josefina Sánchez; Miguel Llorca; Montserrat Antón; Mara Lesbegueris; Carmen Pascual; Claudia Sykuler; Alejandra Papandrea; Marina Marazzi; Maria Laura Moreno; Carlos Caraballo; Gil Pla; Francesc Porta y Talia Morillo. Nos escriben desde distintos países desde una mirada específica de intervención, tratando con profundidad el tema del JUEGO para favorecer la reflexión y el estudio de la temática.

El libro recoge diferentes sensibilidades, todas ellas con la intención de ahondar en el tema de la psicomotricidad, de destacar lo importante del juego y como eso se da de forma privilegiada en las salas y gimnasios donde los y las psicomotricistas plantean sus sesiones.

Os animo a leerlo, lo podréis adquirir a través de la página web:

www.revistadepsicomotricidad.com



**Coordinadora:
Mady Alvarado**

Editado por Revista de Psicomotricidad.com (2016). Buenos Aires

Los afectos tónico-emocionales

José Ángel Rodríguez Ribas

Médico. Psicoanalista. Psicomotricista. DEA y Doctor en Psiquiatría (USE). Formador en Práctica Psicomotriz ASEFOP (Bruselas). Profesor Ftad. Ciencias Actividad Física. Univ. Wales/EADE (Málaga). Formador en la AEC Psicomotriu (Barcelona). Director del Master Universitario en Psicomotricidad (MEDAC/UI1/AEC/ASEFOP).

Afectos: palabra¹ tomada por el psicoanálisis de la terminología psicológica alemana y que designa *todo estado afectivo, penoso o agradable, vago o preciso, ya se presente en forma de una descarga masiva, ya como una tonalidad general*. Según Freud, toda pulsión se manifiesta en los dos registros del afecto y de la representación. El afecto es la expresión cualitativa de la cantidad de energía pulsional y de sus variaciones. El concepto de afecto adquiere gran importancia desde los primeros trabajos de Breuer y Freud (*Estudios sobre la histeria* [Studien über Hysterie, 1895]) acerca de la psicoterapia de la histeria y el descubrimiento del valor terapéutico de la abreacción. El origen del síntoma histérico se busca en un acontecimiento traumático que no ha encontrado una descarga adecuada (afecto arrinconado). La rememoración sólo resulta terapéuticamente eficaz si el recuerdo del acontecimiento implica la reviviscencia del afecto que estuvo ligado a aquel en su origen. Del estudio de la histeria se deduce, por consiguiente, según Freud, que el afecto no se halla necesariamente ligado a la representación; su separación (afecto sin representación, representación sin afecto) permite que cada uno de ellos siga un diferente destino. Freud señala distintas posibilidades de transformación del afecto: “Conozco tres mecanismos: 1.º, el de la *conversión* de los afectos

(histeria de conversión); 2.º, el del *desplazamiento* del afecto (obsesiones); y 3.º, el de la *transformación* del afecto (neurosis de angustia, melancolía)”.

A partir de este período, el concepto de afecto se utiliza desde dos puntos de vista: puede tener un valor puramente descriptivo, designando *la resonancia emocional de una experiencia por lo general intensa*. Pero, con mayor frecuencia, tal concepto implica una *teoría cuantitativa de las catexis*, que es la única capaz de explicar la autonomía del afecto en relación con sus diversas manifestaciones. El problema fue sistemáticamente tratado por Freud en sus trabajos metapsicológicos (*La represión* [Die Verdrngung, 1915]; *El inconsciente* [Das Unbewusste, 1915]). En ellos, el afecto se define como *la traducción subjetiva de la cantidad de energía pulsional*. Freud distingue aquí claramente el aspecto subjetivo del afecto y los procesos energéticos que lo condicionan. Se observará que, junto al término ‘afecto’, utiliza el de ‘*quantum de afecto*’ (Affektbetrag), queriendo designar por él el aspecto propiamente económico: *el quantum de afecto “[...] corresponde a la pulsión en la medida en que este se ha desprendido de la representación y encuentra una expresión adecuada a su cantidad en procesos que percibimos como afectos”*. Resulta difícil comprender que la palabra

1. Laplanche y Pontalís, 2004, Paidós.

afecto tenga sentido sin una referencia a la conciencia de sí mismo; Freud plantea la pregunta: ¿Es lícito hablar de *afecto inconsciente*? Rehúsa establecer un paralelismo entre el afecto llamado “inconsciente” (sentimiento de culpa inconsciente, por ejemplo) y las representaciones inconscientes.

Señalemos, en fin, que Freud formuló una hipótesis genética destinada a explicar *el aspecto vivido del afecto*. Los afectos serían “reproducciones de acontecimientos antiguos de importancia vital y eventualmente preindividuales”.

Desde una perspectiva lacaniana, los afectos son entendidos como *el efecto de la palabra sobre el cuerpo* provienen de los *efectos del lenguaje* que lo constituye como *ser-dicente*. Tampoco podemos olvidar que los significantes amos, las representaciones que marcaron los hitos de la vida de un sujeto, *los significantes de la demanda*, del cuerpo fueron tomados. Pues como precisa Lacan:

Finalmente, Guattari es sagaz al plantear desde donde *el efecto del lenguaje se impone al cuerpo*, por lo que vuelve al ideal, por un lado, y del objeto a, por el otro. Es un pathos para el ideal, también una *corp(se)ificación*. Es en el objeto a donde el goce retorna, pero la ruina del alma solo se consume con un incorporal (“*Alocución sobre la enseñanza*”. 1970. OE:325).

Para L. Gorostiza (AA.VV. 2007. *Scilicet*²), los afectos son las *huellas dejadas en el cuerpo del hablante por el acontecimiento traumático de la no-relación sexual*. Según Ch. Alberti (AA.VV.2009:32-34), los afectos son homologados a las *pasiones*, como *efecto del peso de las palabras que han percutido en el cuerpo*. El *afecto* es una marca

que vectoriza un goce que se encuentra *en resonancia* con el cuerpo. De ahí que cuando no hay afecto algo puede llegar a pasar como *lesión del cuerpo (FPS)*. En tanto los *afectos* transmiten lo que del goce del cuerpo resuena de la palabra no se trata pues de “relamerse en los afectos”, al decir de Lacan, ni hacer de ellos una fenomenología óptica sobre la que encontrar un plus de sentido (para eso ya tenemos las manidas emociones y sentimientos), como más bien apuntar a las *resonancias semánticas configuradoras de cuerpo y su alteridad* pues son en su consentimiento, condescendencia o, por el contrario, en lo insoportable del fantasma de lo Uno donde algo del *común* puede ponerse en juego.

De entre los afectos más notables no pueden ser excluidos *el amor, el odio y la ignorancia* junto con *la angustia*, sin dejar de lado *al asco o el aburrimiento*. Evitando hacer cualquier intento reduccionista a la cosa en sí, justo por no poder haberla, quizás por su relevancia contemporánea, también por más real de todos, *el odio*, junto con *la abyección, lo insoportable del Otro/otro y la angustia*, sea el que marque los determinantes vinculares del goce actual. En la medida en que *lo insoportable es el goce en el Otro*, Philippe Lacadée² habla sobre el *odio* en el sentido que “se apuñala al prójimo porque uno no puede referirse más a él”. Y a falta de alcanzarlo mediante el lenguaje se le apunta en la realidad mediante el pasaje al acto mortal. Lo que se busca en el odio es *alcanzar el núcleo de ser del Otro, su goce más íntimo*. Es el odio *a la propia imagen especular como semblante del ser* el que está en la base del odio al prójimo. La cuestión del odio, entonces, se formula desde que el humano es confrontado a su semejante que amenaza su unidad e integridad. Para Freud, *el odio*

Señalemos, en fin, que Freud formuló una hipótesis genética destinada a explicar el aspecto vivido del afecto. Los afectos serían “reproducciones de acontecimientos antiguos de importancia vital y eventualmente preindividuales”.

De entre los afectos más notables no pueden ser excluidos el amor, el odio y la ignorancia junto con la angustia, sin dejar de lado al asco o el aburrimiento.

2. En el *Scilicet* de los Nombres del Padre (AA.VV. 2006: 235).

Lacan por su parte, sitúa el odio entre las tres pasiones fundamentales del ser, haciendo de él una de las formas vinculares del sujeto al Otro, en el corazón del lenguaje.

es primero en relación al amor. Lacan por su parte, sitúa el odio entre las tres pasiones fundamentales del ser, haciendo de él una de las formas vinculares del sujeto al Otro, en el corazón del lenguaje. El resorte del odio como *odio de sí* apunta al ser, a lo que de sí se escapa de la palabra *puesto que ese Otro parece gozar de lo que a uno le falta*. El odio, por tanto, obliga al sujeto a *confrontarse con su falta*; situado en el corazón del sujeto, más allá de toda identificación, más allá del amor al padre, afecta al primer lazo con el mundo exterior. En este sentido no resulta difícil pensar al *odio como el afecto que acompaña lo real de la transferencia*. Como dice J. Alemán, “La experiencia mortal, sexuada y parlante se vuelve en la civilización técnica un sentimiento en gran medida determinado por el *odio... odio* al goce subdesarrollado del Otro, *al propio modo de gozar en silencio*” (2013: 151). O como bien recuerda Badiou (2011:88), el verdadero “problema político es *el control del odio y no del amor*”.

De los afectos, entonces, pasamos a las *Resonancias: resonancias tónico-emocionales* para B. Aucouturier (2004: 229-230) y *resonancias de goce, en el Otro*, para J. Lacan (1975). Si las resonancias aucouturianas son recíprocas y empáticas en el sentido de solicitar sus afectos, específicamente en la ayuda, requieren una *actitud de disponibilidad ya que se movilizan las estructuras tónico-afectivas*. Esta movilización tónico-emocional, vivida con placer, dirá, hará emerger en los niños representaciones de su historia afectiva que dejarán paso a los fantasmas originarios por medio de los juegos de aseguración profunda. Dichas resonancias, aunque sean recíprocas no pueden ser idénticas ya que deben tener un carácter empático tal que le permitan interaccionar sin invadir, para acompañarles y

envolverles de manera estructurante. Esta *actitud*, requiere por parte del psicomotricista la capacidad de sentir unas mínimas transformaciones tónicas y emocionales en su interacción con el niño: una escucha del *cómo* estoy en mi cuerpo es indispensable para establecer una relación de alteridad.

Sin embargo, esta versión no puede dejar de lado el aspecto contingente y particular de cada relación, dado que en el *por qué* del *como estoy en mi cuerpo* se trata de otro nivel que, además, exige un trabajo personal imprescindible. En ese sentido las *resonancias* revelan un aspecto de la subjetividad que no se puede anticipar, ni programar y que son una *sorpresa* permanente de la vida. Es lo que nos muestra Lacan:

Digamos que todo lo que puedo solicitar como respuesta es del orden de un recurso a lo Real, no ligado al cuerpo, sino como diferente. Lejos del cuerpo hay posibilidad de eso que la última vez llamaba *resonancia o consonancia*. Esta *consonancia puede encontrarse a nivel de lo real*. Respecto a esos polos que constituyen el cuerpo y el lenguaje, *lo real es allí lo que establece un acuerdo* (Lacan, Sem. XXIII: 41).

Esta tópica de *lo real de la transferencia*, implica ese cosquilleo, ese *tililiteo*, diría Lacan, que, desde la palabra, en la medida en que alguien encuentra su objeto en el Otro, tocan al cuerpo del terapeuta: cuerpo en tanto sede del Otro. Por eso, según Miller (2003: 270), a partir del seminario XX de Lacan, *Aún* (Encore; homofonía con: en-cuerpo), solo hay psicoanálisis de un cuerpo vivo y que habla, lo que merece ser calificado de *misterio*, donde lo *supuesto* es el cuerpo.

Lo real, diré, es el misterio del cuerpo que habla, es el misterio del inconsciente (Lacan, Sem. XX: 158).

Esta tópica de lo real de la transferencia, implica ese cosquilleo, ese tililiteo, diría Lacan, que, desde la palabra, en la medida en que alguien encuentra su objeto en el Otro, tocan al cuerpo del terapeuta: cuerpo en tanto sede del Otro.

De ahí, dicho sea de paso, que afectos, resonancias y transmisión queden muy próximas entre sí.

Dicha disponibilidad³, dicha sensibilidad a los *afectos tónico-emocionales*, a las resonancias del goce de la lengua en el cuerpo del terapeuta, amén de poder ser propiciadas por la formación del practicante en la medida que son signos interpretables, pueden ser fuente de numerosas confusiones y extravíos, si se toman como pruebas infiables. Con lo que, al igual que con los aspectos transferenciales y contratransferenciales, deberemos prestar especial cuidado para no dejarnos atrapar por un sentido imaginario que desvirtuaría todo el dispositivo que se pretende establecer.

En resumen, tres modalidades vinculares -de vital importancia respecto a la dirección de la cura y su incidencia intersubjetiva- quedan establecidos según los diferentes registros (Real, Simbólico e Imaginario): *empatía, transferencia y resonancias*. A condición de que se sepa lo que se está jugando y qué se espera de cada cual.

En resumen, tres modalidades vinculares -de vital importancia respecto a la dirección de la cura y su incidencia intersubjetiva- quedan establecidos según los diferentes registros (Real, Simbólico e Imaginario): *empatía, transferencia y resonancias*. A condición de que se sepa lo que se está jugando y qué se espera de cada cual.



3. Por poner un ejemplo, conocemos muy bien los efectos simpáticos o, al contrario, angustiantes que se suelen producir ante el encuentro con determinados sujetos y según qué estructuras.